

EL EDÉN

Braulio fue de lo que se dice un hombre luchón, se puede decir que hasta sacrificado. Pero nada se le dió. Si creyéramos en la mala suerte él sería un buen ejemplo para decir como ésta influye en alguien. En el pueblo que se crió todo faltaba, desde los hombres que se iban de mojados, su padre entre ellos, agua que sólo existía en temporal, luz que no habían ni han instalado hasta la fecha y escuela. Lo poco que aprendió se lo enseñó un vecino al que le hacía mandados. Entre hambre y polvo creció. Su madre no pudo atenderlo pues tenía otros seis hijos por los que ver, que tampoco atendía por tener siempre otros seis hijos por los que velar. A los diez y seis años se fue. Encontró trabajo en un establo en un pueblo mayor que el suyo. Ahí vivió entre mulas, caballos, gallinas, moscas y ratas durante tres años. Casi no le pagaban nada. Emigró a la capital del estado, la más pobre de la República. Trató de estudiar y no fue aceptado en ninguna escuela. Trabajó si consiguió, pero muy mal pagado. Se enamoró de una muchacha alegre que entre risas le dijo que cómo iba a andar con él si era un muerto de hambre. Y sí lo era. Parte de su sueldo, exiguo, se lo mandaba a su madre que jamás le daba las gracias. Ya dos de sus hermanos habían muerto. ¿De qué? Quién sabe. Será de hambre o lo que ésta trae aparejadas como son enfermedades. A los veintiocho años se arrejuntó con una mujer, divorciada o separada, nunca lo supo. Los gritos, insultos, exigencias, le parecieron a él lo normal en un matrimonio ya que no tenía ejemplo de lo que debería ser éste. Tuvo dos hijos. El primero se murió a los siete meses por algo de la panza. La otra es una niña flacucha que va creciendo a pasos muy cortos. De seguro será muy chaparra, asegura él.

Braulio nunca deja de trabajar y lo hace con buen ánimo. Pero no avanza, no le dan mejor sueldo, no lo promueven a puestos más elevados. Jamás falta, ni enfermo lo hace. Cumple todas las órdenes que le dan. Pero no sobresale como no ha sobresalido en ninguna parte, ni con sus amigos, menos en su familia.

Será que de niño vio una ilustración en un libro que le mostró su vecino, al que le hacía los mandados, o quién sabe de dónde le viniera ese gusto, mejor hay que llamarlo por su nombre, esa pasión. Sí, Braulio tenía una pasión en la vida: los jardines. Será porque ellos son el contraste de su medio ambiente de polvo y suciedad. Una parte de su dinero, una parte muy corta pues sino no tendría para comer o vestir, la invertía en libros que tenían imágenes de jardines. Cuando visitaba alguna colonia de la ciudad en la que

vivía, era para ver los jardines. Sabía el nombre de todas las flores, conocía qué pastos se deben usar, catalogaba de memoria los árboles, las plantas. Si alguien le hubiera preguntado, cosa que nunca sucedió, podía decir con qué se combatía ésta o la otra plaga.

Lo primero que tuvo y para la cual vivía era una maceta, de las de barro, las de plástico jamás le gustaron. Sembró muchas plantas, les hablaba, les cantaba, les ponía abonos.

Lo más que juntó fueron cinco macetas. No tenía espacio para poner otras. Una tenía geranios, otra una nochebuena, la tercera una planta con hojas verde amarillas, en la cuarta sembró un helecho que por más que hizo jamás creció. Es como mi hija que tampoco crece, se dijo sonriendo. En la quinta sembró un catus para recordar su lugar de nacimiento.

Pero el sueño de tener su jardín propio jamás se le iba de la cabeza, con él soñaba, ya era un jardín tipo inglés o uno ordenado como son los franceses. Soñó con jardines con un quiosco desde donde pudiera contemplar todas las variedades de plantas sembradas por él mismo, de jardines con espejos de agua, de jardines con rocas, con estatuas. Jardines siempre verdes, siempre con flores y árboles. Ni que decir que a estos jardines acudían pájaros de todos colores, mariposas, ardillas juguetonas y dos perros que lo acompañaban.

Al fin tuvo, más bien tiene, su jardín. Es muy pequeño pero tiene flores, dos plantas y un arbolito. Es el que está colocado sobre su tumba.

Febrero 2007